

**A la caza de Moby Dick**  
El sueño poshumano y el crecimiento infinito  
JOSÉ DAVID SACRISTÁN DE LAMA

*Colección Naturamque Sequi, 4*

**Primera edición:** *Febrero 2020*

**Título:** *A la caza de Moby Dick*

**Subtítulo:** *El sueño poshumano y el crecimiento infinito*

**Autor:** *José David Sacristán de Lama*

**Diseño de la colección:** *Miguel Sánchez Lindo*

**Corrección ortotipográfica:** *Ana Ortega Bermúdez*

**Impreso por:** *Kadmos*

**ISBN:** *978-84-120322-7-7*

**Depósito legal:** *M-3903-2020*

**Para pedidos e insultos:** *revistaculdesac@gmail.com*

# Índice

13    Introducción

PRIMERA PARTE.  
LA CUMBRE DE SÍSIFO

23    I. Cómo hemos llegado hasta aquí. El largo camino de la  
Humanidad

    Las puertas de Jano

    El Gran Salto Adelante

31    II. El cuello de botella

    La crisis del Antropoceno

    Chocando con los límites

    Colapso. Los renos de la isla de San Mateo

    Los 120 días de Sodoma. ¿Es la era industrial una  
    burbuja en la historia?

59    III. Por qué somos así. La naturaleza humana

    Manos, cerebro y civilización

    Superinferencia

    Unas precisiones sobre el antropocentrismo

    Nuestro fenotipo extendido

    ¿Es viable la especie humana?

    En la caverna de Platón

- 95 iv. Una linterna en la niebla. Incertidumbre creativa

SEGUNDA PARTE.

HUMANOS EN TRANSICIÓN.

¿CÓMO SALIMOS DEL CUELLO DE BOTELLA?

- 107 v. Huida hacia adelante. Consumidores sin fin
- 117 vi. Estrategias para una crisis. ¿Decrecimiento o desarrollo sostenible?  
Decrecimiento, Permacultura, Movimiento de Transición  
¿Desarrollo sostenible?
- 143 vii. Regreso al edén. Naturales para siempre
- 151 viii. La línea de humanidad. ¿Sigue vigente la idea de progreso?

TERCERA PARTE.

EL FUTURO ES UN PAÍS EXTRAÑO

- 165 ix. Cruzando las fronteras de la biología  
¿El siguiente paso?  
Extendiendo el fenotipo extendido
- 173 x. La colonización del cuerpo  
Cuerpo y mente  
*Sfumato*: la difusa identidad del cuerpo  
Vida eterna

|     |   |
|-----|---|
| 195 | XI. La colonización de la mente. I: Inteligencia Artificial<br>El ancho universo de la Inteligencia Artificial<br>Inteligencia Artificial fuerte<br>Inteligencia Artificial débil |
| 237 | XII. La colonización de la mente. II: Neurociencias<br>Un universo en la cabeza<br>Transhumanismo<br>Vida real/vida virtual. La caja de orquídeas                                 |
| 267 | XIII. Noosfera  |
| 283 | XIV. Humanos o poshumanos<br>Evolución volitiva<br>Érase una vez, en un tiempo muy lejano...  |
| 301 | Bibliografía  |



# A la caza de Moby Dick

EL SUEÑO POSHUMANO  
Y EL CRECIMIENTO INFINITO



Y se dijeron los hombres unos a otros: «Ánimo, edifiquemos una ciudad y una torre que llegue hasta el cielo y nos haremos famosos [...]». Bajó Yahveh a ver la ciudad y la torre que habían construido los humanos y dijo: «He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje y este es sólo el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible».

*Génesis, 11: 3-6*



## Introducción

El futuro siempre falla: influimos demasiado en él.

Elias Canetti, *El suplicio de las moscas*

Este libro trata sobre el futuro. Los seres humanos nos preocupamos por lo que todavía no existe. El presente nos absorbe: las relaciones personales, la familia, el trabajo, la economía, o (si somos personas sensibles a lo que nos rodea) las inquietudes políticas y sociales; pero nuestros afanes tienen una dimensión futura: queremos que se cumplan nuestras aspiraciones, que se resuelvan nuestros problemas, que nuestros proyectos tengan éxito, que nuestros hijos encuentren su camino. No es algo trivial. Como veremos, el interés por lo que está por venir tiene un fuerte anclaje biológico: los seres conscientes desean reducir la incertidumbre y continuamente lanzan hacia adelante sus sondas.

La preocupación por el futuro adquiere una nueva dimensión cuando nos asomamos a escenarios que producen vértigo. Durante los largos milenios de la prehistoria, el tiempo transcurría lentamente y, generación tras generación, el paisaje era

monótono y reconocible. Las sociedades vivían en un escenario estático, sin conciencia de la historia, pero ahora corremos a toda velocidad y nos acercamos a tierras inexploradas. Los progresos de la bioingeniería, de la Inteligencia Artificial y de otras tecnologías emergentes auguran nada menos que la transformación de la naturaleza humana y de la manera en que interactuamos con el mundo. Un anuncio de tanto calado merece una discusión atenta, y este fue mi primer objetivo cuando me propuse escribir este libro. Sin embargo, esto no se aborda directamente hasta la Tercera Parte de la obra. Me parecía importante atender antes a algunas cuestiones previas.

Por una parte, si, como hemos dicho, se pueden ver alterados algunos de los rasgos nucleares que hasta ahora han definido a nuestra especie (nuestro «código-fuente»), conviene echar un vistazo a ese extraño *software* que llevamos instalado de fábrica. Además, no podía cerrar los ojos a un problema muy apremiante (de hecho, el más apremiante) que afecta a cualquier especulación sobre el futuro y que debería ser ahora nuestra principal preocupación colectiva: cuando creemos tocar el cielo con la punta de los dedos, encontramos el paso cerrado. Una civilización que se basa en la sobreexplotación infinita de recursos finitos en beneficio de una parte de la humanidad, en un mundo superpoblado y globalizado, forma un puzle imposible. En este marco tóxico, no es posible un futuro, ni poshumano ni siquiera humano. Si no cambiamos las piezas, el destino que nos espera en un plazo muy breve es el colapso de la vida civilizada, y todas las especulaciones que podamos hacer sobre un eventual mundo poshumano se convertirán en humo. Si llega el fin del mundo, lo que venga después no importa.

Ambos asuntos, el sueño poshumano y el rumbo de colapso, están ligados: tienen que ver con nuestra naturaleza inconformista. Algunos van más lejos: creen que no se trata de un

problema coyuntural y que toda la esforzada aventura a la que hemos llamado *civilización* es en sí misma un error fatal de la especie humana, una espiral cada vez más exigente, una trampa piramidal que conduce necesariamente al desastre. Si es nuestra propia naturaleza la que nos ha embarcado en la aventura de la civilización, ¿será nuestra naturaleza –«el fuste torcido de la humanidad», como la llamaba Kant– el auténtico error? ¿Podemos dominar nuestra naturaleza o nos arrastra sin remedio? ¿Podemos corregir sus «errores» o tiene fallos estructurales? ¿Hasta qué altura podemos elevar nuestra fastuosa babel sobre ese frágil cimiento sin que se venga abajo? Sobre todos estos asuntos reflexionaremos en la Primera Parte.

En la Segunda Parte, tras insistir en que el actual rumbo sólo conduce a un futuro catastrófico, analizaré algunas de las voluntariosas estrategias que se proponen para evitarlo: ¿Es posible un *Desarrollo sostenible* y prolongar indefinidamente una sociedad hipertecnológica haciendo algunos ajustes para no sobrepasar el límite de los ciclos naturales del planeta? ¿Será necesario un *Decrecimiento regulado* y una parada estratégica para recomponerlo todo antes de reanudar la marcha? ¿O debemos renunciar para siempre al sueño del progreso y buscar-nos la vida por otro camino?

Espero que estos prolegómenos permitan situar en perspectiva las reflexiones sobre el nuevo mundo que se vislumbra. No estén tan seguros de que consigamos salir de la trampa. Las nuevas tecnologías que están naciendo podrían desaparecer en una nueva Edad Media. Pero supongamos –imaginar es gratis– que somos tan sabios como para atravesar el actual paso estrecho sin perderlas, aunque dejemos algunos pelos en la gatera. Entonces, si tales tecnologías son algo más que la ficción terminal de una sociedad desahuciada y siguieran desarrollándose, su impacto podría ser tan profundo que conviene estar preveni-

dos, y de nuevo se trata de un asunto que concierne a la naturaleza humana, a su elasticidad y sus límites. Dedicaré a ello toda la Tercera Parte del libro.

El futuro está sin hacer y no podemos predecirlo, pero podemos imaginarlo, proyectar los brotes que ya asoman y tratar de anticipar las consecuencias y los riesgos, «penetrar a través de la densa niebla del futuro, escudriñando qué bajos y qué escollos han de eludirse», por decirlo con palabras de Herman Melville en *Moby Dick*<sup>1</sup>, esa novela sobre el océano como metáfora del mundo y de la vida, llena de imágenes e ideas sugerentes de las que me serviré profusamente en este libro. Y cuando lo hacemos, cuando lanzamos las sondas, recibimos el eco en un idioma extraño, sombras de un mundo tan alejado del nuestro que nos resulta ajeno. Un mundo de alienígenas en el exoplaneta Tierra.

Cada día nos despertamos con noticias de las nuevas hazañas de la genética y de la neurociencia, de nuevos y maravillosos materiales, o de los avances de la Inteligencia Artificial, y se anuncia el próximo advenimiento de una edad posbiológica, donde *tendremos* (algunos creen que está al llegar y que –cómo no– ellos mismos se beneficiarán ya de ello) capacidades superlativas y vida y juventud eternas. ¿Y qué decir de la red en la que estamos volcando toda la memoria de la especie, a la que confiamos nuestros negocios y nuestra seguridad y en la que empezamos a vivir una vida virtual que cada día invade más parcelas de nuestra vida analógica? ¿Hasta dónde podría llegar su despliegue? ¿Cómo podríamos imaginar hoy –en la época de internet y de la exploración profunda del cerebro– la Noosfera, esa nueva capa mental planetaria, que hace ya casi un siglo, en la época de la radio, el telégrafo y el teléfono, vislumbraron visionarios

---

1. H. Melville, *Moby Dick*, capítulo 35.

como Vernadsky y Teilhard de Chardin? ¿Noosfera o Matrix? ¿Un sistema nervioso colectivo y una inteligencia expandida, o un inmenso invernadero zombi de cerebros conectados a un dispensador de vidas virtuales? ¿Una nueva dimensión de la conciencia individual y colectiva o una nube de mentes desencarnadas, ángeles perdidos pululando por el limbo del cibespacio? ¿Seremos, entonces, siquiera humanos o nos aferraremos a nuestra humanidad como a un clavo ardiendo? ¿Qué fuerza triunfará: el cambio, la poderosa corriente que a lo largo de miles de millones de años ha conducido, imparable, de la bacteria a la mente, o el fundamentalismo específico?

Futuros posibles, fascinantes para unos, aterradores para otros, y siempre antintuitivos y pasmosos, pero no más extraños o increíbles que los eternos crecepelos que ofertan las religiones y que aceptan sin pestañear miles de millones de personas que, por lo demás, creen vivir con los pies bien asentados en la tierra, en el reino del sentido común. Puede que la religión transhumanista no tenga cabida en una sociedad reformada, pero los desarrollos científicos de los que se alimenta pueden perdurar, y tienen el poder de cambiar realmente la identidad humana y nuestra forma de relacionarnos con el mundo. Por si acaso, es prudente echar un vistazo y explorar hasta dónde llega lo posible y lo probable y dónde empieza lo fantasioso.

Hay otras publicaciones, algunas de gran éxito, que han nacido de las mismas inquietudes que están en el origen de este libro, pero siempre es posible aportar nuevos matices y nuevas perspectivas. Pero, ¿qué puede ofrecer a la exploración del futuro un arqueólogo, alguien dedicado a indagar en el pasado? Se puede decir con una palabra: *contexto*. Los arqueólogos no se quedan mirando al suelo. Como los cosmólogos, los geólogos, los paleontólogos o los antropólogos, están acostumbrados a contemplar el devenir, incluidos los asuntos humanos, en un

escenario muy amplio y evolutivo: desde un punto casi infinitamente pequeño y caliente hasta el actual cosmos poblado por una variada fauna de estrellas, galaxias y otras combinaciones y formas (algunas muy extrañas) de materia y energía; desde una Tierra habitada por primitivas bacterias hasta la enorme diversidad de nuestra biosfera; desde los tactismos y tropismos de la vida naciente hasta el psiquismo y la mente consciente y desde los primeros atisbos de comportamiento protocultural hasta la actual civilización tecnocientífica. Los científicos que exploran el pasado descubren y observan cambios de una escala que no hace tanto tiempo era inimaginable, de millones y miles de millones de años, y no les resulta tan difícil elevarse por encima de la espesura del presente y contemplarlo en el curso más general de las cosas. El arqueólogo, además de historiador, es, o debería ser, un antropólogo. En realidad, todos los historiadores deberían serlo. Hasta ahora, en un asunto como este, que concierne al futuro de la humanidad, se oye mucho a los tecnólogos (entusiasmados con los nuevos juguetes que tienen en sus manos) y muy poco a los humanistas, que deberían aportar algo más que su temor a lo desconocido. Así que, repito, ¿por qué un arqueólogo, interesado por el milenario devenir de la humanidad, no podría aportar alguna idea interesante para situar en perspectiva nuestros actuales enredos?

¿En qué punto estamos de ese devenir? ¿Es el futuro un caballo desbocado e ingobernable o tenemos alguna oportunidad de domarlo? ¿Será tecnológico o espiritual (o ambas cosas)? ¿Nos arrollará o podremos dirigirlo? ¿Qué nos propone? ¿Qué riesgos presenta? ¿Qué oportunidades? ¿Qué nos deja atisbar a través de sus velos? ¿Qué podemos imaginar? ¿Hasta dónde podemos elegir? ¿Qué prometen y qué pueden hacer realmente las nuevas herramientas tecnológicas? ¿Supondrán «sólo» profundos cambios sociales o transforma-

rán radicalmente nuestro estatuto ontológico? ¿Hasta qué punto es posible una evolución volitiva? Estas son algunas de las preguntas sobre las que reflexionaremos en las siguientes páginas. Habrá más preguntas que certezas, pero cuando el panorama es realmente incierto, es más importante identificar los problemas, indagar en ellos e imaginar los diferentes escenarios que adelantar soluciones.

La obsesión del capitán Ahab por Moby Dick le condujo a su némesis. Nuestra civilización prometeica persigue ahora dos enormes leviatanes: el crecimiento infinito y el superhombre. El primero le lleva a la misma suerte que al *Pequod*, el barco de Ahab; en cuanto al segundo, todavía no lo sabemos.

Lo que imaginamos y lo que tememos no tiene por qué suceder, pero si no lo imaginamos sucederá lo que tememos. Eso sí es seguro. Sin embargo, si hacemos las preguntas pertinentes y estamos atentos a las señales, tal vez consigamos que el futuro sea, en bella expresión de Stephen Hawking, un lugar en el que nos gustaría vivir.